

JUAN ANTONIO ZUNZUNEGUI

El mundo sigue

el paseo, 2021

Derechos reservados © Herederos de Juan Antonio Zunzunegui, 1960-2021*
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2021
www.elpaseoeditorial.com

1.ª edición en EL PASEO EDITORIAL: marzo de 2021

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (sputnix.es)
Corrección: César de Bordons Ortiz
Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. 978-84-122973-5-5
DEPÓSITO LEGAL: SE-444-2021
CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

(*) El Paseo Editorial ha realizado búsquedas detalladas y de buena fe para localizar a los derechohabientes del autor de este libro desde el mes de diciembre de 2016. La editorial quiere agradecer la colaboración prestada en esta tarea a Santos Zunzunegui; a Rubén Las Hayas (desde *El Marcómetro* de Portugalete); a Raquel Manzano Martín, de la Consejería de Educación y Juventud de la Comunidad de Madrid, y a Jesús García Sánchez, de Visor Libros. Ante lo infructuoso de esta tarea ha decidido actuar en función de la recomendación del 24 de agosto de 2006 de la Comisión Europea que «fomenta la creación de mecanismos de concesión de licencias sobre una base voluntaria para la explotación de las obras huérfanas y de las obras cuya edición o distribución ha sido abandonada», y de este modo, ha realizado la correspondiente reserva de derechos. La editorial queda a disposición de cualquier derechohabiente debidamente documentado para la formalización de sus derechos por contrato normalizado según asociaciones colegiadas de autor.

Impreso en España.

Contenido

Nota editorial	9
----------------	---

El mundo sigue

Parte primera	21
Parte segunda	149
Parte tercera	303

Nota editorial

El mundo sigue no es una película original mía. Yo considero como autor de la película, por encima de todo, al autor del texto, y el autor del texto de *El mundo sigue* no soy yo. Es Juan Antonio Zunzunegui, que como todo el mundo sabe, es un autor falangista, de Falange de antes de la guerra, y de Falange de la posguerra, pero que considero que es el hombre que mejor ha llevado a la narrativa española el enorme fracaso político de la posguerra española.

FERNANDO FERNÁN GÓMEZ

Esta novela, *El mundo sigue*, publicada en 1960 por Juan Antonio Zunzunegui (1900-1982), inspiró una película homónima, realizada en 1963 por Fernando Fernán Gómez, que está considerada entre críticos y especialistas en la cima del cine español de todos los tiempos. La cita que antecede a este texto es muy rotunda y le confiere una especial ascendencia sobre dicho largometraje a la novela que lo inspiró y al autor que la escribió, el propio Zunzunegui. Y no deja de ser cierto que, más allá de la maestría de Fernán Gómez en tantas facetas —productor, director, guionista y actor—, la adaptación a la pantalla del texto es bastante literal en su guion y, por tanto, por raro que nos parezca en la obra de un escritor muy asimilado en el régimen franquista, mucho del discurso crítico y de los momentos más demoledores de esta impresionante película estaban conteni-

dos ya en la propia novela. Una lectura atenta, al igual que el intenso visionado al que obliga la película, nos dejan una enorme sensación de desasosiego por su factura naturalista/neorrealista y, sobre todo, transmiten conjuntamente ese insoportable tufo de debacle humana y social que produjo la época retratada.

Bien es sabida la suerte de la película. Su primer guion fue rechazado por todas las productoras y obligó a Fernán Gómez a empeñarse literalmente en su producción durante su «glorioso» y ruinoso año 1963. La película fue prohibida —al igual que el guion en primera instancia—. No obstante, el empecinamiento de Fernán Gómez y la cesión a cortes de censura hizo que se estrenara fugazmente en Bilbao en 1965. No se sabe a ciencia cierta si fue clandestinamente, como se ha apuntado. Cabe preguntarse, porque no lo hemos podido documentar, si algo tuvo que ver el excelente cartel del autor literario, Juan Antonio Zunzunegui, natural de Portugalete, en la capital vasca. Más allá de eso, tuvimos que esperar nada menos que a 2008, por un desprevenido pase televisivo, y a su reestreno oficial e íntegro en 2015. Sin duda, algo no ha funcionado bien en este país por demasiado tiempo tras la dictadura.

La suerte de la novela fue casi peor y un reflejo del extraño caso literario de su creador: un lento proceso hacia la insignificancia y la indiferencia. Aun siendo una de las preferidas del autor y entre las mejor consideradas por la crítica, la historia de estas dos hermanas, y el tremendista espejo social resultante de su enconada rivalidad, no tuvo ni siquiera la suerte de otras obras de Zunzunegui, un autor muy leído en la España franquista y a la cabeza de los autores nacionales, junto con Camilo José Cela, desde el fin de la guerra civil. Además, hasta donde sabemos, la censura no le hizo gran mella, como no la hizo en otra de las novelas que dedicó Zunzunegui a demoler con dureza inmisericorde la sociedad resultante de la guerra y el franquismo, titulada *Esta oscura desbandada* (1951). (También de 1954 es *La vida como es*, una novela de hampa que transmite un mismo clima de podredumbre pero que está situada, no sabemos si por conveniencia, antes de la guerra civil.) En todo caso, después de la primera edición de 1960 en la editorial Noguer, solo existe una segunda edición de *El mundo sigue*, en un volumen conjunto de 1975, séptimo de las obras completas de Zunzunegui, publicada en la misma casa editorial. Y de ahí, hasta la presente.

No es de extrañar que la novela no fuera un éxito tan rotundo como otros que cosechó el autor vasco. El carácter agónico de la trama y el hundimiento humano y social sin concesiones que se describe, ofrecían a un potencial y acomodado lector de ese momento histórico una mirada nada complaciente ni en lo más mínimo amable sobre su propio mundo. Es más, le hacía contemplar un paisaje de miseria y doblez moral frente a la obsesiva lucha por el ascenso material y social, un terrible espejo de sus propios silencios, renunciaciones y actos no confesables —que les hablaba «de las penas que tienen en casa», como diría Fernán Gómez en sus memorias, *El tiempo amarillo*, anticipando precisamente el probable rechazo del público hacia su versión en la pantalla—. Ignacio Soldevila, en su prólogo a la última edición de *Esta oscura desbandada*, una de las novelas en cierto modo parejas a *El mundo sigue*, detecta que Zunzunegui presentaba en estas narraciones un aterrador panorama «que resulta, aunque no se diga muy claramente, como consecuencia de la guerra civil, y del general arribismo que domina la vida social del franquismo». A ese descarnado reflejo, la crítica Pilar García Madrazo, en la edición más reciente que conocemos de *La vida como es* (2000), añadía con acierto un aspecto de denuncia que no podemos dejar de reseñar por llamativo y conmovedor en este ciclo narrativo, «la quiebra de los personajes femeninos». Ciertamente, en nuestra novela, Eloísa no consigue nada y se rompe, y su hermana, Luisita, logrará supuestamente todo, pero roto. En suma, Zunzunegui consigue mostrar las horribles expectativas de la mujer del momento.

Algunos críticos, como Antonio Tovar, coincidieron con Fernán Gómez en su diagnóstico sobre la verosimilitud y dureza de estas obras de Zunzunegui frente a la sociedad resultante del franquismo. En cuanto a lo veraz de la novela, se construye, creemos, desde cierta habilidad formal para darle a la trama un aspecto de realismo expresionista, quizás sin abusar de las estridencias del tremendismo hispano ni de la obligada sequedad documental neorrealista. Zunzunegui es un novelista de tradición realista, muy apegado a una veta dialógica y léxica procedente de su amor confesado por Quevedo, Galdós, Unamuno, Baroja, Gómez de la Serna, Sánchez Mazas... También es seguidor de la literatura portuguesa e italiana, desde el especial naturalismo de Eça de Queiroz al cotidianismo simbólico más coetáneo de un Bontempelli.

jerarquía, cierto ostracismo y sus cada vez menos tímidas señales de desengaño, que indudablemente lo apartaron del mundillo literario —tanto o más que su proverbial fama de gafe—. Sus novelas más osadas —*El mundo sigue* es quizás una de las que más lo es— y ciertas declaraciones tardías que se permitió sobre el régimen, de cariz francamente político, lo convirtieron en un inofensivo verso suelto al que, antes que a una ostensible represión, se prefirió someter seguramente a un silencioso «ninguneo». El trato que recibía en la Academia y en los medios oficiales, marginal a partir de determinado momento, así lo podrían atestiguar.

No hay lugar a dudas de que Zunzunegui fue un escritor acomodado, que escribió alguna novela francamente mal resuelta, pero no deberíamos tardar tanto en reconocer otras cuestiones más positivas, entre ellas, la gestación de un puñado de historias de verdadero valor que lo convirtieron en un cronista fundamental e incómodo de un tiempo que ha condicionado —y de qué manera— nuestra historia reciente. Entre otros, Fernán Gómez lo supo ver desde el primer instante. Su obra maestra cinematográfica, aunque también postergada en un extraño viaje, ha sido un hilo de memoria suficiente para motivar esta edición de la novela que la inspiró, y ojalá el presente volumen ayude para que se restablezca a una categoría justa cierta obra de un autor que, desde dentro de un tiempo, supo hacerle a ese tiempo una crítica al menos tan contundente como la de la literatura coetánea supuestamente más contestataria.

NUESTRO AUTOR

Juan Antonio Zunzunegui (1900-1982), escritor y prolífico novelista, nació en Portugalete en el seno de una familia acomodada. Desde esa desahogada economía pudo acometer con firmeza una fuerte vocación literaria, desde muy joven y a pesar de las tensiones familiares. Logró la atención de Miguel de Unamuno durante sus estudios en Salamanca, y comenzó a publicar desde Madrid, donde acaba trasladándose su familia desde los años veinte. Durante un periodo viaja por toda Europa, cursa estudios literarios en el extranjero y llega a conocer a Anatole France. Entra en contacto con las tertulias literarias de Bilbao y Madrid, y hace buenas relaciones con Areilza, Lequerica, Basterra, Sánchez Mazas, Mourlane Michele-

na... Inicia sus publicaciones con temáticas bilbaínas, *Vida y paisaje de Bilbao* (1926), y su curiosa primera novela, *Chiripi. Historia bufo-sentimental de un jugador de foot-ball* (1931). Cuando se está imprimiendo el que sería su primer éxito, *El chiplichandle*, comienza la guerra civil. Como falangista declarado, amigo personal de José Antonio Primo de Rivera, con el que se licenció a la par en Derecho, se refugia en varias embajadas hasta que llega a San Sebastián, donde trabajará en la revista *Vértice* a las órdenes de Manuel Halcón y Samuel Ros. Durante la guerra tiene problemas con la censura al intentar publicar una novela que quedó inédita, una frontal sátira sobre la guerra titulada *No queremos resucitar*. En la primera posguerra sale su primer lote de novelas que lo consolidan como escritor, todas ellas con ambientación bilbaína: *¡Ay... estos hijos!* (1943, y premio Fastenrath de la Real Academia Española), *El barco de la muerte* (1944), *La quiebra* (1947) y *La úlcera* (1948). Además de libros de cuentos, en los años siguientes escribe multitud de novelas, que el autor empezó a distinguir como una flota con distintos tonelajes, según su extensión. De entonces datan algunas de sus mejores producciones, entre las que están sus obras más recordadas: *Esta oscura desbandada* (1951), *La vida como es* (1954), *Una mujer sobre la tierra* (1959) o *El mundo sigue* (1960). Recibe diversos premios nacionales y se le hace académico en 1957, ocupando el sillón vacante de uno de sus referentes literarios, Pío Baroja. Muy profesional y de pluma fácil, no dejó de producir con abundancia, aunque su fama fue languideciendo a la par que llevaba una vida muy discreta. Hasta 1979 había publicado treinta y nueve libros y una cantidad de páginas que superó en extensión a la de muchos grandes maestros del realismo. Murió en Madrid a la edad de 82 años.

D. G. R.

**El mundo
sigue**

*Al gran Victorio Macho,
primer gran escultor vivo de Iberia,
con la devoción y el agradecimiento de
Juan Antonio de Zunzunegui*

Parte primera

Pues habiendo en este mundo tantas tinieblas y lazos como habemos dicho ¿qué se puede esperar de aquí sino caídas y pecados?

[...]

Y así con sola esta consideración pretende Sant Cipriano inducir a un amigo suyo al menosprecio del mundo, para lo cual finge que lo sube consigo a un monte muy alto, de donde se ve todo el mundo

[...]

Pues conforme a esta consideración sube tú ágora, hermano, a este mismo monte, y extiende los ojos por las playas, por los palacios y por las audiencias y oficinas del mundo, y verás ahí tantas maneras de pecado, tantas mentiras, tantas calumnias, tantos engaños, tantos perjurios, tantos robos, tantas envidias, tantas lisonjas, tanta vanidad y sobre todo tanto olvido de Dios y tanto menosprecio de la propia salud, que no podrás dejar de maravillarte y quedar atónito de ver tanto mal. Verás la mayor parte de los hombres vivir como bestias brutas, siguiendo el ímpetu de sus pasiones, sin tener cuenta con ley de justicia ni de razón, más que la tendrían unos gentiles, que ningún conocimiento tienen de Dios, ni piensan que hay más que nacer y morir. Verás maltratados los inocentes, perdonados los culpados, menospreciados los buenos, honrados y sublimados los malos; verás los pobres y humildes abatidos, y poder más en todos los negocios el favor que la virtud. Verás vendidas las leyes, despreciada la verdad, perdida la vergüenza, estragadas las artes, adulterados los oficios y corrompidos en muy gran parte los Estados, los cuales con hurtos, con engaños, y con otras malas maneras vinieron a tener grandes riquezas, y a ser alabados y temidos de todos. Y verás a éstos como a otros que apenas tienen más que la figura de hombres puestos en grandes oficios y dignidades. Y finalmente verás en el mundo amado y adorado el dinero más que Dios y muy gran parte de las leyes divinas y humanas corrompidas por él; y en muchos lugares no queda de la justicia más que el nombre della. Y vistas todas estas cosas entenderás luego con cuánta razón dijo el profeta: «El Señor se puso a mirar desde

*el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si había quién conociese a
Dios o le buscase; mas todos habían prevaricado y héchose inútiles,
y no había quién hiciese bien ni sólo uno».*

FRAY LUIS DE GRANADA
(*Guía de Pecadores*, Libro 1, Parte 3.^a, Cap. XXVIII)

ELOÍSA abrió el balcón y se puso a sacudir la raída alfombrilla de pie de cama. Lo hacía mecánicamente mientras se le distendía la boca de sueño.

Eran las siete y media de la mañana.

El marido acababa de irse al trabajo. La plaza del Dos de Mayo se hallaba casi desierta. El valenciano que instalara, hacía un par de semanas, su chiringuito de refrescos, barría con una escoba después de matar con el agua de un embudo el polvo terroso.

Mientras, algunas beatas se metían por el Dos de Mayo buscando la puerta de la iglesia de Maravillas.

Habían terminado, hacía pocos días, las fiestas del barrio y la plaza mostraba un aire fatigado y deslucido.

Enfrente, delante del arco de Monteleón, ante la puerta del que fue museo de artillería, se alzaba el grupo escultórico de Daoíz y Velarde.

Representa a los héroes del 2 de mayo de 1808, «en actitud de jurar ser víctimas de las tropas del usurpador, antes que humillarse a su perfidia», según escribió el autor de la escultura, don Antonio Sola, en una carta dirigida con fecha de 30 de mayo de 1882 desde la ciudad de Roma al señor don Francisco Martínez de la Rosa.

Había algunas coronas colgadas del monumento.

«Por este año ha terminado el jolgorio», pensó la mujer, recogiendo la alfombrilla.

Se yerguen los dos héroes en el acto de jurar según los describe un escritor de la época:

«Sus diestras armadas de espadas y sus siniestras cruzadas con efusión y expresión. El que se halla a la izquierda del espectador, demuestra tener más edad, la cabeza está de perfil y erguida mirando al cielo, en actitud de escuchar y asentir a las palabras

del compañero. Su brazo derecho armado, lo tiene extendido hacia abajo, y resulta algo escondido detrás del costado. Toda la figura está bien movida en su actitud fiera y resuelta. La otra figura tiene el brazo derecho armado levantado en alto y la cara, que representa la de un joven, es muy expresiva y animada, *hasta el punto que parece que se oye lo que pronuncia.*

»También su cara aparece de perfil y mirando al cielo. Pero lo que da, sobre todo, una evidencia plena al acto del grupo es la energía del brazo izquierdo de este joven, en el que *materialmente se ve la fuerza con que estrecha la mano del compañero.* La actitud resuelta de esta figura es tan grande que en nada desmerece de la de la otra. El grupo está unido por un cañón colocado sobre su carro que queda atrás pasando por entre los dos guerreros.»

Eloísa miró rutinariamente de soslayo todo esto, como tantas veces, y se retiró.

Olía a humanidad resudada y a pobreza la alcoba.

Quedó todo abierto como de costumbre.

Levantó las camas con desgana y dejó que se aireasen los colchones y la ropa.

Estaba preocupada y llena de acritud y fatiga la mujer.

«Cuándo reventaré de una vez», deseó.

La víspera había estado la hija mayor en casa a llorarle sus miserias.

«Esta imbécil, con el palmito y el tipo que tenía, si se hubiese espabilado en otro tiempo, otro gallo le cantarían ahora y no que se enamoriscó de ese *presumío* de su marido que no tenía más oficio ni beneficio que hacerla un hijo cada nueve meses y a otra cosa. Como si los chiquillos, una vez *soltaos* por su madre corrieran a cargo de los abuelos... Menos mal que la otra hija, Luisita, parece más decidida frente a los problemas de la vida.»

La sintió despertarse y moverse por el cuarto.

—Madre, el café —le oyó pedir.

—No te apresures, que tienes tiempo.

Sintió un desfallecimiento la mujer y se sentó sobre la cama deshecha. De una temporada a esta parte no se encontraba bien.

Pero había que apechugar.

Se presentó en la cocina.

—Quieres que vaya sin desayunar, ¿o qué?

La madre no resolvió.

Fue donde ella y la encontró pálida, con un sudor frío, intentando incorporarse.

—Ahora voy, hija; ahora voy.

—¿Qué te pasa?

—Como si se me hubiese retirado la vida..., pero ya *paece* que me vuelve.

—¿Por qué no vas a que te vea el médico de la Sociedad?

—*Pa* qué, siempre recetan lo mismo, cosas caras..., que están buenas las boticas.

—Tú verás.

—Anda, deja, que ahora voy... Y ojo con decirle nada a tu padre.

Se incorporó y pasó a la cocina. Le sigue la hija no sin dejar la estancia impregnada de su apetitosa fragancia.

Era Luisa una chavala de unos veinte años; alta, dura, apretada, con un rostro, incentivador y expresivo, que mandaba a toda la jugosa y vivaz geografía de su cuerpo una gracia picante, fresca y retrechera.

Bebió de pie el café con leche que le tendió la madre.

—Cuídate y no te tomes berrinches; que se los tome ella..., que el marido y los hijos son suyos..., y que hubiese tenido más vista antes de casarse con el *estirao* del Faustino.

—No es por Elo, es que...

Iba a decir algo pero se calló.

—Tú sabrás... Bueno, guapa.

Le hizo una mamola y salió de estampía.

En el portal tropezó con don Andrés que volvía con su cantimplorilla de leche y el pan.

—¡Hola, maestro...! Esa novela es muy bonita, eh; ya hablaremos, que voy con prisa.

Le llamaba maestro en un tono entre cariñoso y guasón. Le había oído, cuando hablaba de los escritores famosos, llamarlos respetuosamente maestros, y Luisita, zumbona, al dirigirse a él se lo aplicaba: «¡Hola, maestro!».

—Hola, pimplollo —le devolvía con justeza.

Don Andrés subió las escaleras hasta el segundo piso. Se preparó el desayuno y se puso a su trabajo. Era un hombre más bien

alto, ya muy maduro, limpio, pero de trajes fatigados por el uso. Correcto de facciones, con un bigote ralo...

Llegó a Madrid de la provincia de Castellón con el propósito de abrirse camino en las Letras. Su vocación era el teatro. Traía en su baúl media docena de comedias, un libraje de poemas y unas cartas de recomendación.

Consiguió entrar en la redacción de un periódico de la mañana y poco después llevaba la sección de teatros.

Sus críticas eran generosas y bienintencionadas, lo mismo con los consagrados que con los principiantes y con los actores.

El sueño de estrenar lo consiguió al fin.

Era una comedia dramática de largos parlamentos que resultaba pesada y sin fibra humana.

Tuvo buena crítica de los compañeros pero la retiraron enseguida porque no iba gente a verla.

En provincias una compañía de segundo orden le estrenó por entonces otra comedia. Pero tampoco resultó buen éxito.

Más adelante tuvo ocasión, en Madrid, de estrenar una segunda obra. *La bondad de los otros* se titulaba y fue un fracaso ruinoso. Pero no desesperó. Ni se llenó de encono y envidia como otros fracasados. Por lo menos al principio.

Siguió aparentemente tan tranquilo y resignado al frente de su sección de teatros. Eso sí, en los ratos que le consentía la labor del periódico, seguía empeñado en sus comedias.

Él mismo las ponía en limpio a máquina y las encuadernaba toscamente y las guardaba muy ordenaditas en una estantería con un marbete general: Teatro.

Con el tiempo se fue desilusionando.

De cuando en cuando les leía a los compañeros alguna.

Era muy buen lector y ganaban y parecían algo con su lectura.

Más tarde tuvo el pudor de su obra y las iba apilando sin dar a nadie parte de ellas.

Y así se le deslizó el tiempo. El hecho de escribirlas le producía cada día más placer. Parecía un hombre feliz.

En primavera madrugaba, a pesar del trabajo del periódico, abría el balcón, con las primeras luces, y escribía en lo alto de una cuartilla:

El ángel sin alas
Comedia en tres actos
de
ANDRÉS GUILLÉN SORIA

Se sumergía en su labor y ya no se acordaba del mundo.

Cuando llegó a Madrid se metió en la pensión de una viuda, doña Nieves, en el segundo piso de la casa donde ahora vivía.

Hombre sobrio y nada descontentadizo, todo lo encontraba bien y bueno. La viuda era un tanto simple sin muchas entenderas. Leía infatigablemente tebeos y revistas infantiles. Después de comer echaba una siestecita y luego se iba a sentar hasta la noche delante de un café con leche en un local de la glorieta de Bilbao. En el bolso llevaba escondido un suizo que compraba en una panadería del barrio y cuando el mozo miraba a otra parte sacaba un trozo del suizo y lo sopaba en la taza... Pero se ponía colorada al sorprender la mirada de los demás, como si hubiese realizado una falta muy grave. Luego se enfrascaba en sus revistas infantiles horas y horas. Se reía ella sola, ruidosamente, de los chistes y facecias y acababa contagiando a los vecinos.

Sus precios de hospedaje eran discretos. El trato, cariñoso y atento. Se producía como mujer educada y limpia. Jamás tenía una voz más alta que la otra con nadie.

Los huéspedes solían ser tres o cuatro. Nunca más.

Andrés Guillén Soria encalló allí sus ambiciones teatrales y no se movió. Pasaron los años; llegaron los desengaños y una noche se le paró el corazón a la patrona. Era viuda de un oficial de notarías. Había tenido tres hijas, y las tres se le habían muerto. Su vida fue siempre oscura y a nadie dio parte de sus penas.

Los otros tres huéspedes recogieron sus trastos y escaparon enseguida. Don Andrés, como más antiguo, fue a la funeraria, preparó el entierro, modestísimo, y al día siguiente presidió el cortejo hasta el cementerio.

La señora no tenía a nadie en el mundo. Por lo menos nadie apareció a hacerse cargo de los pocos trastos y ropas y de los enormes montones de revistas infantiles que casi llenaban su habitación.

Por lo visto aquella mujer pasó la vida riéndose. Feliz ella.